

CAMBIO SISTÉMICO: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE SOCIEDADES JUSTAS E INCLUYENTES

Diego James Claffey¹

Breve descripción de la temática

Este taller parte del clamor de los pueblos por una vida mejor e indaga por convicciones que emergen de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) para suscitar compromisos concretos a favor del Cambio Sistémico (CS) en los carismas de las congregaciones religiosas. Estos compromisos pretenden ayudar a pensar sistémicamente, introduciendo elementos nuevos al ministerio actual, o iniciando nuevos proyectos de CS en el trabajo de construir el Reino de Dios.

1. El clamor de los pueblos

“Escuchemos a Dios donde la vida clama”. Ante el lema de la CLAR se nos presenta un reto enorme. Si vamos a escuchar a Dios donde la vida clama, no hay que ir muy lejos en búsqueda de los clamores. La vida clama en todas partes, alrededor de nosotros y en lugares distantes, y clama insistentemente. El papa Francisco nos advierte que entre nuestras tareas, como testigos del amor de Cristo, hay que darle voz al llanto de los pobres.

En aquellos momentos difíciles que a lo mejor todos tenemos en nuestro trabajo, viendo el sufrimiento de tantas personas, a veces me he preguntado por qué no hemos avanzado más. También existen algunos signos que llaman la atención: miles de mártires por la causa de la justicia; cientos de miles de protestas de todo tipo; siglos de trabajo pastoral de parte de tantos religiosos y

¹ Anteriormente fue misionero vicentino, y coordinador de la misión en Panamá, donde fue co-fundador de una organización nacional de derechos humanos. Ha sido consejero provincial y superior del teologado de su provincia en Filadelfia (Estados Unidos). Tiene maestría en sicología y en teología, y es certificado como organizador comunitario. Recibió un doctorado honorífico de la Universidad de Niágara por su trabajo a favor de la justicia social. Actualmente trabaja como director de formación de la Sociedad San Vicente de Paul en Long Island, Nueva York, y es el secretario ejecutivo de la Comisión Internacional para Promover el Cambio Sistémico, de la Familia Vicentina.

laicos en América Latina; trabajo apostólico cada vez más comprometido con los pobres, considerando la opción preferencial por ellos. ¿Por qué el clamor de tantos sigue siendo tan fuerte, tan insistente? Creemos en el Evangelio, en la justicia, en la opción preferencial por los pobres. ¿Será que hemos tratado los síntomas de la miseria más que sus causas y raíces?, ¿hemos luchador contra este u otro mal sin llegar al fondo, al sistema mismo que sostiene todo?

Ahora bien, sé que hay que tener paciencia. Soy seguidor de san Vicente de Paul quien nos recuerda que las cosas de Dios tienen su tiempo, y no hay adelantarnos a su Providencia. Pero, de todos modos, ¿por qué no hemos avanzado mas?

Evidentemente el mundo está lleno de problemas. Problemas recalcitrantes, problemas profundos con raíces en toda sociedad: violencia, pobreza, racismo, guerras, drogas, desigualdad, destrucción de la naturaleza, crimen de todo tipo, pandillas, tráfico humano, refugiados. ¡Con razón los pueblos claman al Señor!

También las estadísticas son alarmantes: ¡las 300 personas más ricas del mundo tienen más riqueza, mayor abundancia, que los 3 billones más pobres del mundo!

Estos problemas significan pecado en nuestro medio. No pecado personal, del cual se predica tanto, sino pecado social, como proclama Mahatma Ghandi en *Los siete pecados sociales*: política sin principio, riqueza sin trabajo, comercio sin moralidad, placer sin conciencia, educación sin carácter, ciencia sin humanidad, y adoración sin sacrificio.

Ante este conjunto de pecados sociales, es evidente que tenemos un problema de sistemas, de estructuras, de decisiones que se toman regularmente sin consideran las necesidades de muchos pero sí el beneficio de pocos; en efecto, son decisiones que mantienen la pobreza, o mejor dicho, que crean y mantienen “empobrecidos”. Decir “empobrecidos” es mucho más preciso que decir “pobres”, porque toda persona tiene algo valioso, sueños, talentos y esperanzas, pero no están representados en la mesa de la toma de decisiones, ni en las políticas, ni en los presupuestos, ni en las reglas de juego que solo favorecen a los ricos, a las grandes empresas y a sus aliados. El papa Francisco señala que “la falta de igualdad es la raíz de todo mal social”.

¿De dónde proviene la DSI? Es un cuerpo de doctrina basada en las Escrituras y desarrollado en el Magisterio de la Iglesia. Sobre esto, es importante hacer una precisión. No se trata de un supuesto “evangelio social,” sino del Evangelio mismo. El Evangelio que es “buena noticia” porque proclama una transformación de nosotros y del mundo, el Evangelio que presenta Jesús diciendo: “he venido para que tengan vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10). El Evangelio que dice que debo cuidar a mi prójimo, e identifica al prójimo como aquel que me necesita. Mateo 25 advierte sobre el juicio final: lo que hago, o no, con mi prójimo, o “empobrecido”, lo hago a Jesús mismo. El Evangelio, entonces invierte los valores de la sociedad, invitándonos a vivir las Bienaventuranzas; son valores que contradicen directamente lo que vemos a nuestro alrededor.

Así lo expresaron los obispos en el Sínodo de 1971 sobre la justicia en el mundo: “acción a favor de la justicia y participación en la transformación del mundo nos parece una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, o, en otras palabras, de la misión de la Iglesia para la redención de la raza humana y su liberación de toda situación opresiva”.

2. Los siete principios de la DSI

Teniendo en cuenta lo anterior, conviene hacer una pausa para un pequeño examen, una prueba de números: ¿cuántos de nosotros podemos nombrar los diez mandamientos, los siete sacramentos, las tres virtudes teológicas, y las ocho Bienaventuranzas? Tal vez sí podríamos, y más o menos bien.

Ahora, ¿cuáles son los principios de la DSI? Posiblemente es más difícil que alguien los pueda mencionar. Sin embargo, la DSI es “parte esencial de la fe católica”, pero demasiados católicos no son conscientes de esto.

Y los feligreses no tienen la culpa, probablemente la DSI es el secreto mejor guardado de la Iglesia. Raras veces es tema de predicación, típicamente no forma parte de la educación religiosa en muchos casos, ni se presenta como un componente “esencial” de nuestra fe. Personalmente creo que si la educación católica y la predicación dominical no incluyen nuestra doctrina social, no son

plenamente católicas. El papa Juan Pablo II decía que la Nueva Evangelización tiene que incluir entre sus elementos una proclamación de la DSI.

Por otra parte, fe no es solo lo que creemos, también es lo que hacemos en esta vida. Pero muchas veces se enfoca solo en lo primero. Como dijo un teólogo hace mucho tiempo, “ser cristiano no es tanto vivir cuidadosamente evitando todo pecado, sino vivir valientemente haciendo la voluntad de Dios: la vida abundante que proclama Jesús” (Dietrich Bonhoeffer).

Miremos los siete principios. A veces se presenta la doctrina en diez principios, también vale. Prefiero la formulación de siete porque creo que los otros tres –participación, igualdad humana y subsidiaridad– tienen su expresión en los siete. Me gustaría que esto fuera casi una meditación. Para cada principio incluyo una frase de la conferencia episcopal norteamericana, pero bien puede sustituirse con alguna frase relevante de los obispos locales. También hay una pregunta de reflexión después cada principio. Les invito a hacer de este ejercicio algo real. El papa Francisco nos recuerda que la realidad es más importante que las teorías. Piensen cuándo han visto en su propia vida y ministerio un reflejo de la importancia de cada principio, dónde han visto su importancia, y también dónde han visto el principio violado.

El primero: *la vida y la dignidad de la persona*. Es el principio fundamental y la base de todo lo que sigue. Cada persona es digna de respeto, como imagen de Dios, sin importar el sexo, la edad, la raza, el color, la orientación sexual, la clase social, la salud, la inteligencia, o cualquier otro factor. Los obispos dicen: “cada ser humano es creado a imagen de Dios y redimido por Jesucristo, y por lo tanto es muy valioso y digno de respeto como miembro de la familia humana”. Simplemente siendo humano establece la dignidad propia de cada uno. Entonces la vida humana exige siempre el respeto y la protección; siempre es prohibido atacar directamente la vida humana inocente. La doctrina proclama que la vida humana es sagrada. El cuerpo de la DSI comienza con la persona humana, pero no termina allí. El individualismo no tiene lugar en el pensamiento social católico.

En nuestro trabajo encontramos situaciones cuando debemos preguntar: ¿esta situación respeta y promueve la dignidad humana?

Ante el segundo principio: *el llamado a la familia, la comunidad y la participación*, los obispos dicen: “nuestra tradición proclama que la persona no sólo es sagrada sino también social”. Por naturaleza somos seres sociales. La familia es la célula básica de la sociedad. La estabilidad familiar debe ser protegida. Por asociación con otros, las personas se realizan plenamente, desarrollan su propia identidad y tienen el derecho a participar activamente en la sociedad.

Una prueba central de las instituciones políticas, jurídicas y económicas, es cómo tratan a las personas, y cómo la gente participa en ellas. La economía debe servir a las personas, no al revés. En nuestro trabajo frente a diferentes situaciones debemos preguntar: ¿quién gana?, ¿quién pierde?, ¿quién decide?

El tercero de los principios se refiere a *los derechos y responsabilidades de la persona humana*. Los obispos dicen que “la dignidad humana solo se puede proteger y una comunidad sana sólo puede lograrse si los derechos humanos son protegidos y las responsabilidades se cumplen”. Como consecuencia de nuestra dignidad dada por Dios, cada persona debe tener el derecho de conciencia y libertad religiosa, el derecho a formar una familia, el derecho a emigrar. También el derecho a tener suficientes recursos básicos para hacer la vida verdaderamente humana: alimento, vestido, vivienda, salud, educación, seguridad, empleo y servicios sociales. La falta de sensibilidad hacia el “bien común” es un signo seguro de decadencia en una sociedad. Los derechos traen consigo deberes correspondientes a nuestras familias, a los demás, y a la sociedad en general.

Y esta es una pregunta que debemos hacer en muchísimos momentos de nuestro trabajo: ¿todo el mundo tiene acceso a una proporción de recursos suficiente para satisfacer sus necesidades?

El cuarto principio trata de *la opción por los pobres*, o mejor dicho, “los empobrecidos”, porque algo los hace pobres, no han escogido la pobreza, la pobreza no es su culpa normalmente. Este principio es evidente para el pueblo latinoamericano, y se viene proclamando en las declaraciones del CELAM, desde la conferencia de Medellín en el año de 1968.

Los obispos nos recuerdan que “la enseñanza católica proclama que la prueba moral básica de una sociedad es cómo viven nuestros vecinos y hermanos más vulnerables”. Las personas que viven en

la pobreza, y todas las personas vulnerables, tienen un lugar especial en la DSI, y una prueba moral básica de una sociedad es cómo trata a los más vulnerables. Creemos que servirles es servir al mismo Señor. La opción preferencial por los pobres es necesaria para el bien común, si queremos tener una sociedad justa y pacífica. Protección preferente se debe dar a los pequeños y perdidos, los pobres y vulnerables entre nosotros, un llamado que llena las Escrituras. Para nosotros, en la familia vicentina, este es el corazón de nuestra misión, y estoy seguro que también tiene su reflexión en los diferentes carismas de la Vida Consagrada.

Entonces la pregunta para reflexionar es: ¿los beneficios que disfrutaban algunos se consiguen a costa de los demás?, ¿cómo repercute esta política, esta decisión, en las personas que viven en la pobreza?

Sobre el quinto principio, *la dignidad del trabajo y los derechos de los trabajadores*, los obispos proclaman que “el trabajo es más que una manera de ganarse la vida; es una forma de participar en la creación de Dios”.

El trabajo expresa nuestra dignidad y nos permite participar en la creación y contribuir al bien común. Las personas tienen derecho a un trabajo decente y productivo, a salarios justos, y a las asociaciones de trabajadores, los sindicatos. El fundador de la sociedad de San Vicente de Paul decía: “explotación ocurre cuando el jefe considera al trabajador no como ayudante sino como herramienta de la cual hay que sacar todo el servicio posible al menor precio posible. Explotación del hombre por el hombre es esclavitud”. Entonces conviene hacernos la pregunta es: ¿en nuestra sociedad, los trabajadores son respetados y recompensados justamente por su trabajo?

El sexto principio es *la solidaridad*. Los obispos expresan que “la enseñanza social católica proclama que somos guardianes de nuestros hermanos y hermanas donde quiera que viven. Somos una sola familia humana”. Amar al prójimo tiene dimensiones globales en un mundo cada vez más interdependiente, el bien común, en una escala más amplia. Nuestras responsabilidades cruzan las fronteras a pesar de las diferencias raciales, étnicas e ideológicas. Debemos preocuparnos no sólo de las desgracias personales o familiares, sino también por los complejos problemas de la injusticia en el ámbito nacional e internacional. La caridad empieza en casa, pero no debe terminar allí. La

solidaridad nos lleva a opciones y decisiones que promueven y protegen el bien común. Entonces la Iglesia nos invita a ejercer la caridad pero también a trabajar por la justicia social.

Ante esto, analizando las decisiones que se toman, ¿cuáles son las consecuencias de esta u otra política para los que viven en los países más pobres?

El séptimo principio de la DSI es *el cuidado de la creación de Dios*. Los obispos dicen: “mostramos nuestro respeto por el Creador a través de nuestra administración, como mayordomos de la creación”. Algunos teólogos creen que el cambio climático y sus consecuencias representan el mayor reto moral de nuestro tiempo, porque nada menos que el futuro de la humanidad está en juego. La buena administración de los recursos del mundo exige un mayor sentido de la responsabilidad frente a la protección del medio ambiente. Hoy existe una mayor conciencia de los límites de lo que la tierra puede proporcionar. Hay movimientos para respetar la “Madre tierra”, pero también hay indiferencia, la creencia falsa de que la actividad humana no tiene ningún efecto sobre la tierra y nuestro futuro. La escasez de alimentos, el estrés hídrico, la migración humana, el hambre y la guerra por falta de recursos básicos, son factores que aún se evidencian. Si no actuamos, el planeta podría volverse inhabitable.

Frecuentemente debemos reflexionar ¿qué diría el creador de nuestra forma de administrar su creación?, ¿en qué condiciones está el mundo?

Los principios son importantes. Una vez internalizados, ellos nos llevan adelante, dirigen nuestras opciones y decisiones, nos incitan a actuar. Alguien con principios sabe dónde está parado. Sabe de dónde viene y a dónde quiere llegar. Los principios nos dan un propósito a seguir. Estos principios pueden servir como base analítica para cualquier problema social, y deberían formar parte de toda planificación, ejecución y evaluación de nuestro ministerio. La larga tradición de la Doctrina Social Católica ofrece una base sólida, así como una fuerte motivación para la participación de todos en el CS.

Un ejercicio interesante sería buscar elementos de la DSI en el pensamiento de quienes encarnan estos principios: Mahatma Gandhi, Martín Luter King Jr., Dorotea Day, el beato Óscar Romero y

tantos otros, muchos de América Latina. Podemos buscar elementos de CS en las Escrituras, en las encíclicas, en los pronunciamientos de las conferencias episcopales y del mismo CELAM o de la CLAR.

Ahora bien, es fundamental distinguir entre asistencia inmediata a los pobres y proyectos de CS. No se trata de optar por uno o por otro, ambos son imperativos. La asistencia siempre será necesaria, pero se requiere justicia para erradicar el problema. Dar pan a los hambrientos es importante, pero ayudar a conseguir trabajo para el hambriento desempleado es una muestra de mayor respeto, y otorga una nueva dignidad y posibilidad de vida. Es decir, hay ocasiones en que debemos dar asistencia inmediata a los pobres. Cuando alguien que se está muriendo de hambre nos pide ayuda, obviamente no podemos decirle: “lo siento, mi amigo, no puedo darte de comer. Sólo estoy interesado en proyectos de CS”. Es claro que cuando hay necesidades urgentes como el hambre y los desastres naturales, debemos ayudar a los que están en esas condiciones. Pero, no es suficiente. También debemos procurar discernir las causas de su pobreza y encontrar soluciones para el largo plazo. Por eso, la asistencia inmediata y el CS son diferentes pero vinculados entre sí e imperativos.

Otra cosa importante es asegurar que la caridad que ofrecemos no traiga como consecuencia una mayor dependencia en los que la reciban. Queremos que sean independientes, que no necesiten de la caridad. Entonces nuestra acción caritativa debe empoderar a los que servimos.

Otra manera de articular lo mismo es considerar que los dos pies del amor en la acción apostólica son la búsqueda de la justicia social y las obras de caridad. La caridad responde a las necesidades básicas urgentes de los individuos, la justicia apunta a las causas, las raíces, las estructuras que causan y mantienen la pobreza. Ojalá todos creamos que la pobreza no es inevitable.

Este cuadro refleja una progresión de la caridad a la justicia y al CS. Ahora bien, ¿qué podemos hacer para que la DSI, componente esencial de nuestra fe, sea mejor conocida?

3. La noción de Cambio Sistémico

En el año de 1986, durante la Asamblea General de la Congregación de la Misión en Roma, los participantes tuvieron una breve audiencia con el papa Juan Pablo II. Dando un breve discurso a los hijos de san Vicente de Paul, dijo algo que llamó fuertemente la atención de todos: “busquen con audacia las causas de la pobreza para encontrar soluciones a corto y a largo plazo”.

Es claro que la idea subyacente al CS está ya funcionando en muchos proyectos con y para los empobrecidos en muchos países, aunque el proceso mismo no haya sido aún definido o examinado en todos sus detalles. Los que están comprometidos con el CS en el trabajo con los necesitados, comparten esta convicción. Afirman que si queremos cambiar la situación de ellos, debemos centrarnos no solo en un problema particular, como proporcionar alimentos, por importante que esto sea a veces. La experiencia nos enseña que las soluciones rápidas, aún cuando sean útiles por un tiempo, son inadecuadas a largo plazo. No eliminan el problema, actúan como una venda encima del problema. Para entender mejor el punto de vista propio del CS, podría ser útil una presentación breve del concepto básico.

Hay dos puntos claves, dos “llaves” para abrir el concepto del CS: todo está conectado a todo lo demás, y hay que aprender a pensar sistémicamente. Estos dos principios son esenciales.

3.1 El concepto básico

En su esencia un sistema es un todo, un compuesto unificado de cosas que funcionan juntas. El sistema funciona por medio de la interacción de sus partes, y de hecho, es más grande que la suma de sus partes. Al interactuar las partes, influyen unas en otras continuamente, para bien o para mal. Por ejemplo, los físicos y los astrónomos ven el universo como un sistema. Si explota una estrella, todas las cosas en el universo sienten el efecto de la explosión. La ciencia médica ve el cuerpo como un sistema. Un riñón enfermo afecta a la sangre, y la sangre enferma afecta a todos los demás órganos. Si me rompo el tobillo, siento dolor, y el dolor afectará mi sentido general de bienestar y mi carácter; eso a la vez afectará a mi manera de tratar con los demás. El tobillo roto afectará también de manera negativa mi manera de andar. Como resultado, el muslo y la espalda empezarán a molestarme también. Con un tobillo que palpita y una espalda que duele, puede que sienta también

dolor de cabeza o malhumor. Todo esto afectará mi manera de trabajar y mi manera de relacionarme con los otros.

No siempre vemos las conexiones. Por lo tanto, lo primero que debemos tomar conciencia es que lo más importante es comenzar con nosotros mismos. Tenemos que aprender a pensar sistémicamente, a no ver las cosas o los elementos de una situación por separados, sino en su interrelación. La persona que piensa sistémicamente no mira ni a las personas que esta sirviendo ni las situaciones socio-económicas alrededor de manera individual, sino en su conjunto. No veo a esta persona hambrienta o desempleada, y luego otra, y otra; veo más bien que varios y muchos viven la misma condición y me pregunto por qué, y cómo se puede cambiar esta condición.

La persona que piensa sistémicamente entiende que nada sucede aisladamente y se resiste a la tentación de reaccionar a los eventos en el momento en que ocurren. Más bien se pregunta si las necesidades y las situaciones no parecen familiares, como partes de un proceso común, de una estructura. Los que piensan así ven la vida no como una fotografía, sino como un video.

La sociedad es un sistema, nuestras congregaciones religiosas son un sistema. La CLAR es un sistema. Si los elementos que influyen en la vida de la gente dentro de un sistema (la familia, el trabajo, la alimentación, el cuidado de la salud, la educación, los valores morales, etc.) funcionan a la vez de una manera positiva, la condición de la gente mejora. De este modo, el sistema florece. Pero si falla uno o varios de esos elementos, el sistema entero empieza a derrumbarse.

Las diversas ciencias comparten una convicción común: la naturaleza unificada de la realidad. Todas reconocen que la realidad es compleja, pero afirman a la vez que “todo está conectado con todo”.

Unos ejemplos concretos. Cuando un gobierno o un municipio dice “claro que todos merecen agua potable, pero no hay presupuesto para esto”, hay que mirar bien el presupuesto para ver qué gastos son más importantes que el agua para el pueblo y ver cuáles son los intereses que están en juego y a quiénes sirve el presupuesto. Y lo mismo con la falta de atención médica o la falta de empleo. ¿A quiénes les favorece que todo siga igual?, ¿quienes toman las decisiones, y que representan?

Pensar sistémicamente es mirar cómo todas las partes se conectan e influyen mutuamente entre sí, dentro de un sólo sistema.

Ahora bien, con respecto a los empobrecidos, ellos tienen derechos: derecho al pan diario, derecho a la salud, derecho a la dignidad y a la esperanza, derecho al alojamiento, derecho al cuidado en la vejez, derecho al trabajo, derecho a la educación... Los encarcelados tienen derecho al respeto.

3.2 ¿Cómo funciona el Cambio Sistémico?

Todos vivimos en un sistema económico cuyos elementos interactúan unos con otros. Si el sistema funciona bien, favorece el desarrollo de la persona. Si no, impide el crecimiento y acelera el deterioro. Si, por ejemplo, no tengo un trabajo, no gano dinero. Si no gano dinero, no puedo comprar comida para mi familia. Si mi hijo no tiene comida suficiente, sufrirá de malnutrición. Si sufre de malnutrición, no podrá estudiar bien. Si no estudia bien, no recibirá el certificado escolar. Si no recibe el certificado escolar, tal vez no pueda conseguir trabajo. Si no consigue un trabajo, no ganará dinero. Y de ese modo el círculo vuelve a empezar. Es un esquema sencillo, podríamos añadir otros elementos como transporte, cuidado de los niños, etc.

El desafío para quien piensa en sistemas es el saber dónde y cuándo se puede romper el círculo. En Akamasoa, Madagascar, un sacerdote comenzó por crear puestos de trabajo. Poco a poco la gente pudo comprar comida, construir viviendas, y enviar a sus niños a la escuela. Sus vidas mejoraron de una manera positiva. En San José de Ocoa, República Dominicana, la clave fue el agua. El agua potable mejoró la salud. El riego produjo cosechas que proporcionaron alimentos y también ingresos. Los ingresos hicieron posibles unas viviendas mejores y mejores condiciones sanitarias. Ahora el pueblo, en diversas comunidades, ha aprendido a trabajar conjuntamente. Otros proyectos exitosos comenzaron por la educación. Habría que identificar por dónde se puede romper el círculo, cambiando uno de sus elementos e introduciendo algo diferente para que el conjunto, el sistema vigente, sea cambiado a favor de los necesitados. Con empleo, o con salud, o con educación, todo se puede cambiar. Muchas veces este esfuerzo implica explorar una variedad de estrategias, pensando bien las implicaciones de cada una, no iniciar con la primera que se nos ocurre.

De modo general, se pueden señalar algunos criterios para que el CS sea posible:

- *Un impacto social de largo alcance.* Esta es la característica principal del CS, es decir, el proyecto ayuda a cambiar la dinámica de la situación de aquellos que intenta beneficiar. No se trata de una solución rápida que alivia superficialmente y por poco tiempo.
- *Sostenibilidad.* El proyecto ayuda a crear las estructuras sociales necesarias para un cambio permanente en la vida de los pobres, tales como puestos de trabajo, educación, vivienda, el acceso a agua potable y comida suficiente, y la participación en el liderazgo local.
- *Repetible.* El proyecto puede ser adaptado para resolver problemas semejantes en otros lugares. La filosofía o espiritualidad que sirve de base al proyecto, las estrategias que emplea, y las técnicas que se utilizan pueden ser aplicadas en circunstancias variadas.
- *Innovación.* El proyecto ha producido un cambio social significativo, transformando prácticas tradicionales. La transformación se ha conseguido por medio del desarrollo de una idea capaz de cambiar las formas sociales anteriores y su puesta en práctica.

Ahora bien, ¿qué hay que tener en cuenta para iniciar un proyecto de CS? De manera general se pueden señalar cuatro aspectos:

- *La participación de los empobrecidos,* incluyendo a las mujeres y a los jóvenes en todas las etapas: identificación de necesidades, planificación, ejecución, evaluación, y revisión. Si el pueblo no participa plenamente, el proyecto no es suyo; tarde o temprano habrán problemas. Como dijo el director de un proyecto sumamente exitoso en las Filipinas, “los pobres no son el problema, los pobres son la solución”. Solo el pueblo empobrecido puede cambiar su situación; nosotros solamente acompañamos y ayudamos.

- *Una visión holística* para abordar una serie de necesidades humanas básicas: individuales y sociales, espirituales y físicas, especialmente necesidades como el empleo, la salud, la vivienda, la educación y el crecimiento espiritual. Queremos atender a toda la persona.
- *La transparencia*, invitando a la participación en la preparación de los presupuestos y en comentarios sobre los informes financieros, así como fomentar la buena administración del dinero y el mantenimiento de controles cuidadosos sobre el uso de los recursos. Nada mata un proyecto más rápido que las sospechas de que algunos miembros del proyecto aprovechan el dinero para uso personal.
- *La autoayuda y los programas autosustentables*. Los proyectos que se dirigen a las causas fundamentales de la pobreza deben contar con los recursos humanos y económicos necesarios para garantizar que van a perdurar. Es preciso saber de dónde vendrán los recursos para poder cumplir lo que se ha comenzado.

4. Conclusión

Ya es tiempo de transformar los sistemas, las estructuras, los arreglos de poder, y las mentalidades que crean y sostienen la injusticia y la pobreza de tantas personas en el mundo de hoy. Es preciso desarrollar y promover sistemas, mentalidades, y arreglos que permitan avanzar hacia la justicia y la paz.

Una semilla es hermosa no cuando es arrojada al suelo, sino cuando florece como un árbol. Así también un proyecto de CS germinal, como una semilla, dará sus frutos solo si se nutre, se riega, y se cuida con paciencia.

“Escuchemos a Dios donde la vida clama”. La tarea es ardua, no se trata de una carrera de aquí a la esquina, sino de una maratón. Nuestra espiritualidad tendrá que animar y sostenernos, pero hay que comenzar el trabajo de realizar nuestra misión apostólica según los principios de la doctrina social de la Iglesia. Solo así podemos estar seguros de colaborar con el Espíritu en la construcción de un mundo nuevo, signo del Reino de Dios.

Los fundadores de nuestras congregaciones, por lo menos la gran mayoría, han muerto. Sus cuerpos están enterrados, pero su espíritu vive en nosotros. Las grandes tradiciones de los Institutos religiosos, que han hecho tanto a favor de los oprimidos de América Latina por décadas y siglos, viven en nosotros. Escuchemos a Dios donde la vida clama, y respondamos creativamente, pensando sistémicamente, enseñando a otros a analizar situaciones sociales de manera sistémica, y dirigiendo nuestro trabajo apostólico de tal manera que se transforme la vida de los empobrecidos.